

Christine Palluy

Yo leo, yo investigo

Sophie Leullier

Miss Agatha

MISTERIO EN LONDRES



LAROUSSE





La familia Christie

A **miss Agatha**, una jovencita inglesa resuelta y avispada, le encanta dirigir y resolver investigaciones policiales.

Su hermano mayor, **Archibald**, un amante de los grandes inventos de su época, la acompaña gustosamente en sus peripecias.

Glara Christie, la madre de Agatha y Archibald, es una joven viuda rica y moderna que cree en las virtudes educativas de los viajes.

Jeanne, la institutriz francesa encargada de la educación de los niños, centra sus esfuerzos en mantener, mal que bien, la disciplina y las buenas maneras de su pequeño equipo de investigadores.

Un largo viaje

La familia de Agatha emprende un largo viaje a través de la Europa de la Belle Époque. Los Christie parten de Londres para permanecer varias semanas en París. Allí descubrirán la ciudad, visitarán la Exposición Universal y subirán a bordo del tren de los reyes, el Orient Express. Tras hacer escala en Viena y desviarse a Venecia, continuarán su periplo hacia Constantinopla.

Londres

París

Venecia





Viena

Constantinopla



1



Los preparativos de Navidad

Londres, 20 de diciembre

Agatha humedeció su pincel en un frasco de tinta dorada. Concentrada en su dibujo, añadió el toque final a la postal navideña. La corona de acebo y las notas musicales que había pintado cobraron entonces una apariencia más festiva.

—¡Y doce! —exclamó triunfal la joven inglesa colocando su obra maestra sobre una pequeña pila de postales de felicitación—. Solo me falta escribir «Feliz Navidad» en cada una de las postales y ya podremos repartirlas.

Subido a una escalera plegable, su hermano mayor Archibald se dio la vuelta y lanzó un silbido de admiración. Después, continuó con la arriesgada colocación de una gran guirnalda en la copa del inmenso abeto. Jeanne, la institutriz francesa de los dos niños Christie, se asomó por encima del hombro de su alumna. Satisfecha, extendió los dibujos sobre la mesa para poder verlos mejor.

—Esta será para nuestra vecina —dijo señalando una de las postales—. ¡Miss Purple adora los perros!

—Ni hablar. ¡Miss Purple es una vieja bruja! —exclamó Agatha disgustada—. Ayer espantaron a Goldy de su jardín. Esa bruja y su ridículo perro serían capaces de zamparse de un bocado a nuestro pobre pajarito.

Jeanne apretó los labios.

—Miss Agatha, le ruego que modere su lenguaje —le riñó—. Pronto será usted una mujer-

cita y se comporta como una salvaje. Además, le he pedido cientos de veces que meta a su pájaro en la jaula.

Agatha reprimió una incipiente sonrisilla.

—¡A Goldy le dolerían las alas si no volase!

—¡Silencio! ¡Vuelva al trabajo!

Agatha mojó su portaplumas en el tintero de porcelana y terminó sus postales. Ante las órdenes de su institutriz, más le valía obedecer.

El fuego crepitaba en la chimenea. Jeanne, asomada a la ventana, observaba la nieve posarse sobre las ramas y en lo alto de las farolas. Agatha aprovechó para lanzarle a Archibald una bola de papel. Él la desplegó y sonrió. Su hermana adoraba garabatearle mensajes escritos mediante el código secreto que habían ideado juntos, que consistía en sustituir cada vocal por un dibujo.

ENIGMA N.º 1

Descubre el contenido
del mensaje secreto.

Mor: h r: Gldy p. d
d f nd rs!



Archibald descifró la misteriosa nota. ¡No tardó nada en adivinar el código secreto de su hermana! Era fácil, solo tenía que identificar las cinco vocales: la rosa, para la *e*; la pluma, para la *o*; el limón, para la *i* y así sucesivamente.

Leyó, por tanto, sin dificultad: «¡Mira, ahora Goldy puede defenderse!». A continuación, echó un vistazo a la postal navideña que Agatha le tendió y se echó a reír. ¡Claro! ¡Así Goldy podría defenderse!

De repente, Clara, su madre, entró en el salón.



—Seguro que estáis haciendo cosas preciosas para Navidad, niños. ¿Puedo verlas? —preguntó animada.

—Sí, mamá. Pero antes cerrad los ojos las tres —ordenó Archibald—. ¡Y no los abráis!

A continuación, se apresuró a pulsar los interruptores que encendían las bombillas y la pequeña guirnalda luminosa que había comprado en los primeros grandes almacenes de Londres.

—Preparadas... ¡Que se haga la magia! ¡Ya está! ¡Mirad!

Ellas abrieron los ojos y dejaron escapar un grito de pura fascinación. Tanto el árbol como el resto de la estancia estaban engalanados con bombillas blancas, rojas y verdes que se encendían y se apagaban sin cesar.

—Dicen en los periódicos que la electricidad es como la magia. ¡Y es verdad! —exclamó Jeanne.

—Claro, ¡y mi hijo es el mago Merlín! —respondió Clara entre risas—. ¿Dónde has encontrado estas maravillas, Archie?

Archibald saboreó su éxito.

—Las he comprado en los almacenes Whiteleys, mamá —contestó con orgullo—. El material eléctrico viene en barco directo desde Nueva York. Es el estadounidense Thomas Edison el que ha inventado estas bombillas.

—Papá era estadounidense —dijo Agatha con nostalgia—. Si estuviera aquí, estaría muy orgulloso de su país.

La mirada de Clara se ensombreció. Se cumplía un año de la muerte de Frederick a causa de unas fiebres y su ausencia se hacía difícil de soportar.

—Tienes razón, Agatha, a tu padre le habría encantado nuestra decoración navideña —murmuró Clara.

Esta enseguida se recompuso y añadió con cierto retintín:

—No obstante, tengo que precisar que fue Joseph Swan, un inglés como yo, quien inventó la bombilla eléctrica. Thomas Edison no hizo más que mejorar su invento.

Agatha, siempre atenta para sacar sus deducciones, levantó el dedo:

—Entonces, estas bombillas son como Archie y yo, ¡mitad estadounidenses y mitad inglesas!

La carcajada general fue interrumpida por la llegada de Helvey, el mayordomo.

—El té de la señora está servido —anunció con voz parsimoniosa y grave—. Charlotte me pide que le diga que desea hablar con usted.

—Bien, Helvey, dígle a nuestra querida cocinera que se reúna conmigo en el comedor —respondió Clara levantándose.

Un delicado y dulce aroma flotaba en la estancia. Agatha y Archie, los primeros en llegar, se sentaron a una mesa repleta de galletas y bollos rellenos de crema. Helvey les sirvió un tazón de chocolate.

Charlotte no tardó en llegar, tan rechoncha y hermosa como un *brioche*.

—El pudín de higos para la cena de Nochebuena está listo. ¿Desea que encargue un pavo para asarlo, señora? —le preguntó a Clara.

—Sí, hay que respetar las tradiciones —respondió la señora de la casa—. No obstante, para los entrantes, propóngame algo nuevo, me encanta innovar.

Charlotte odiaba cambiar de costumbres. La cocinera frunció el ceño como cada vez que se ponía a pensar, pero la llegada de Jeanne interrumpió su reflexión. El gesto serio de la institutriz no presagiaba nada bueno.

—Miss Agatha, debo informar a su madre de su insolencia —espetó tendiéndole a Clara la postal navideña destinada a miss Purple.

La mujer abrió los ojos con gran sorpresa y disimuló una sonrisa tras su servilleta de lino.

—Hija, me temo que a nuestra vecina no le hará ni pizca de gracia tu dibujo —dijo en un tono dulce pero firme—. Mañana pintarás otra postal antes de nuestra visita a miss Purple.

De pronto, el reloj sonó con fuerza encima de la chimenea.

—¡Ya! —dijo Clara dejando su taza en la mesa—. Terminaos la merienda e id a prepararos. ¡Ya casi es la hora de nuestra ronda navideña!

Según la tradición en muchas familias inglesas, los niños salen a cantar villancicos a sus vecinos y amigos.

La familia Christie lo hacía cada año, dos tardes seguidas, la del 20 y la del 21 de diciembre.

A Agatha y a Archibald les encantaba pasar estos ratos tan entrañables con su madre y sus criados.

Por fin había dejado de nevar. Cuando las campanadas del Big Ben sonaron a lo lejos, los Chirstie y sus empleados dejaron el calor de su hogar para enfrentarse al viento y al frío de la calle.

